

brio y se produzca entonces un nuevo éxodo: muchos de los que vivimos fuera de nuestras patrias podremos volver a nuestras casas, a nuestras montañas, con nuestros campesinos y con nuestros caballos. Ah!, pero cuando ese día llegue, gracias a Luis Durand, conmigo vendrá mi Chile: mi Chile palpitante en esas páginas de sangre y de sol, de canciones y de cariño, que se titula «Presencia de Chile» y que no se apartará de mi mano.—FRANCESC TRABAL.



POETAS EN EL DESTIERRO, por *José R. Morales*. Cruz del Sur.

Mucho tiempo hacía que esperábamos esté libro. Muchas voces amigas lo agitaban en el espacio y presentíamos que la poesía que lo portaba se escurría por los caminos del silencio, marcando una etapa fugaz, de cierta incertidumbre estética de quienes estamos acostumbrados a gustar calidad verídica en cuanto a forma y a fondo. En esa espera, pues, había—desde luego—mucho de novedad, de presagio inconcluso, de virtud casi vanal.

Con la publicación de la obra no quedó sino la verdad completa. Es decir, la poesía.

Porque esté ella en el destierro o no, es la misma. Se valoriza por sí sola, sin necesidad de complementarse, porque con ella no gana ni pierde nada para su esencia final o para su principio vital. Es el destierro algo así como la circunstancia. Duele con o sin poesía. Y cuando se suma a esa poesía, no hace sino coger algo que siempre tuvo, que siempre necesitó, que llevó siempre consigo.

Por ello, el título de la obra dice, de acuerdo con el caso, mucho más de lo que piensa. Y de esto, los poetas españoles se encargan con una premura olvidadiza, de sentimiento verdadero. Cantan o no cantan al destierro. Lo llevan en sí como algo

tremendo y digno, sangrando sin llegar a morir, viviendo sin llegar a otra vida que no sea la del mundo maravilloso que es la creación de una belleza, de un arte para el cual el sentimiento de responsabilidad ante el tiempo tiene huella sutil, inconfundible, como todas las cosas que pasan del misterio a la realidad fecunda. De la sangre a la brisa. De un silencio a una voz. De una vida, en suma, a otra vida.

El libro lleva, fuera de muchos otros méritos, el de mostrar una verdad considerable. La corriente poética española sigue uno de los cauces más interesantes, a veces desconocidos, por los que nombres como los que aquí vienen, surgen a prueba de toda intención. De toda erudición. De toda chochez semi-escandalizante, relegada al plano de lo cómico, y con ese peligro siempre constante del ridículo como forma y sentimiento de agradar al mundo. no ya de mañana, sino, desgraciadamente, de ayer.

Antonio Machado surge con una luz perenne, agitada, viva en concepciones y rotunda en gravedades finas, cumplidas como símbolos constantes de su personalidad hecha de tierra querida, con agua llorada, con amor revelado y tremendo:

«Que tú me viste hundir mis manos puras  
en el agua serena,  
para alcanzar los frutos encantados  
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...»

Juan Ramón Jiménez, en cuyo sentido del amor brilla una delicadeza constante y altiva, cruza sus páginas con nerviosa meditación, con un afán cumplido de resolver si el corazón camina tras la existencia, o si esa existencia medita al lado de otras eternidades:

«Nuestros rostros, al volverse  
a hallar, no dirán lo mismo.  
Tu olvido estará en tus ojos,  
en mi corazón, mi olvido...»

Pero desde Juan Ramón Jiménez a León Felipe hay una distancia impresionante, León Felipe, disgregado del mundo contemplativo, busca, no en la forma sino en la palabra seca, la expresión máxima de su tono descongestionante, casi duro, hundido en una dirección de rudas tonalidades:

«Sensibles a todo viento  
y bajo todos los cielos,  
poetas, nunca cantemos  
la vida de un mismo pueblo  
ni la flor de un solo huerto.  
Que sean todos los pueblos  
y todos los huertos nuestros...»

Siguen los nombres, a medida del orden que nos dice claramente el influjo de un espíritu poético magno, de variedades consecutivas, pero de unidad materialmente indisoluble. Son ellos José Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Juan Larrea, Emilio Prados, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre.

De José Ricardo Morales, a quien no le conocemos sino esta obra, podemos decir muy pocas cosas importantes, por cuanto, con el solo hecho de presentar a estos poetas revela un buen gusto inconfundible. Naturalmente, el reverso de esta moneda nos dice que con poetas como los que aquí figuran, es prácticamente imposible que la obra carezca de valor. De todos modos, Morales ha puesto mucho de sí en la selección de trozos y eso, repetimos, es algo fundamental en la realización de un trabajo como el que nos ocupa.

El estudio crítico de Morales es aquel en que hace la presentación a cada poeta, especie de estudio corto, muy por encima del prefacio de la obra, en que no dice gran cosa, pues se extiende en consideraciones acerca del destierro, reflejado en la poesía que vamos a gustar. Al realizar el análisis particular de cada uno de los recopilados, Morales lo hace con un sentimiento, a través del cual se ve una pasión aguda y constante. No analiza mayormente, y busca una salida rápida, a tono con la premura de un tiempo invisible, pero insinuante. Al fin, es mejor. Porque después de todo, por lo menos a nosotros, lo que interesa es ese paraíso de poesía que contiene el libro, donde la poética española luce sus mejores galas.

No queremos terminar esta nota sin antes haber consagrado dos líneas a Soria, el editor de Cruz del Sur. Tiempo hacía que por estos lados no se publicaban, con regularidad libros de tan acabada realización artística. Las ediciones Cruz del Sur han llenado un espacio difícil de ocupar y, sin temor al refinamiento colectivo, podemos decir que hay en ella una virtud que, de propagarse, haría un milagro que en nuestro país jamás tuvo cultores.—VÍCTOR CASTRO.



«ELSA MARGARITA». Tragedia de *Zlatko Brncic*. Santiago, 1942

Frecuentemente los muertos suelen dejar a su paso un aura impalpable, sutil alquimia de recuerdos y de presencias insospechadas, aura que se agita en torno a los que han permanecido y que imprime a todas las cosas, a todos los lugares donde el extinto ha estado de continuo, un carácter especial. Y en ciertos momentos aquella persona que fué, parece revivir. Pero a veces otra persona ha recibido del ser desaparecido una impresión imborrable, una persona que ha tenido de ella sólo una visión única, un breve contacto, y todo lo demás ha estado